
Javier Oliva

**LO QUE ESCONDE
TU MANO IZQUIERDA**



Editorial LEDORIA

J M R

JOAQUÍN

—...Diciendo esto, gritó con fuerte voz: *Lázaro, sal fuera. Salió el muerto, ligados con fajas pies y manos, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: soltadlo y dejadle ir... Es Palabra de Dios.*

—Te alabamos, Señor.

—*Podéis sentaros... No se entendería la vida sin la existencia de la muerte, ni la muerte sin la esperanza en la vida eterna. Esa, y no otra, queridos hermanos, es la razón que nos ha impulsado a reunirnos hoy aquí, porque no queremos despedir a Ladislao, sino decirle «hasta luego»...*

¿Hasta cuándo? Los funerales siempre comienzan con las mismas monsergas. *Hasta luego..., hasta pronto..., no hay que estar tristes...* No me gustan estas ceremonias. Han perdido todo su sentido. El hombre se planta ahí, en mitad de las escaleras que dan al altar, con un micrófono de esos que se agarran a la camisa con una pincita, y comienza a parlotear como si fuera el presentador de un programa de variedades. Estos curas se parecen cada vez más a los vendedores que salen en televisión. ¿Cómo puede estar tan convencido de que Lalín querrá vernos cuando muramos nosotros, sea pronto o tarde? Estoy seguro de que no lo conocía tan bien como pude hacerlo yo.

Ni siquiera recuerdo la última vez que estuve con Lalín. Bastante ya me he arrepentido de haber hecho poco por verle todos estos años como para que ahora me vengan a amedrentar con discursos de muertos. El sermón que largan en los funerales es un comodín, y él se merece algo más que homilías prefabricadas hechas en serie. Estoy convencido de que sirven tanto para una mujer como para un hombre, haya fallecido de puro viejo o en un acci-

dente. Y si se les rompe el molde, para eso han estudiado oratoria y tienen labia, para que todo lo que pregonan se adapte a las circunstancias. Luego, cuando acaban, ponen cara de pedirse mus, le dan un cachetito cariñoso a la familia y se van a tomar un vino al bar de la esquina. ¡Vaya un trabajo! A todos esos los ponía yo a cambiar el embrague de una furgoneta. Para eso no funciona la improvisación. O llevas veinte años haciéndolo todas las semanas o se te cae el bloque motor al suelo de cuajo, como me ocurría a mí cuando era un aprendiz. Que sepan lo que es sudar, mancharte y terminar cabreado como una mona con el mismo Dios porque adviertes derrotado que a los cuarenta y cinco ya no tienes la misma fuerza que cuando eras joven, aunque te des mucha más maña. Demasiado esfuerzo para luego cobrar cuatro perras. Y eso que no tengo nada contra los curas, que su labor hacen y la mayoría es buena gente, pero en estas ocasiones siempre he creído que se llevan el discurso memorizado desde el seminario. Lo único que ofrecen es un consuelo enlatado para la ocasión. Si hubiera conocido de verdad al muerto no habría comenzado soltando todas estas memeces.

La verdad es que no debería tomarla con él, pero me da rabia que no sepa que Lalín, al menos desde que salió del colegio, acumuló suficientes méritos como para que ahora le bajen el telón con una ceremonia tan desaborida como esta. Cierto es que mi amigo comenzó el camino bien torcido pero lo terminó siendo un hombre honrado, alguien hecho a sí mismo, el mejor amigo que nadie jamás pueda tener. Y no se le puede achacar que no fuera educado y culto. Se esforzó con los libros como nadie lo hizo en el barrio, ¡coño!, que parecía que le fueran a dar un premio. ¡Si es que la muerte se ceba con los mejores, que a veces me pregunto a qué juega llevándoselos! Y no exagero. Los vecinos de mi calle, y los de la otra, y los de cualquiera, ya estamos hartos de ver cómo caen inocentes bajo su guadaña sin motivo. ¡A ver si los eliges bien, jodida!, que siempre te dejas por aquí los desperdicios, esos que hacen bulto fastidiando al prójimo. Entérate que de eso sabemos en el barrio como para reescribir la Biblia, que siempre nos robas a los que son dignos, a los que dan ejemplo,

LO QUE ESCONDE TU MANO IZQUIERDA

y te olvidas de los envidiosos, de los soberbios y los avaros, de los corruptos, de los cascarrabias, de los metomentodo y de las co-tillas, de las putas, los camellos y los enganchados. Parece que solo se mueran los que tienen un sitio reservado allí arriba y nos dejes la escoria por las aceras.

El infierno no existe bajo nuestros pies. Basta con tener ojos en la cara para saber que lo aguantamos a diario en el barrio. El diablo repone a sus elegidos en los huecos libres tan pronto como queda una vacante. Cuando se mueren esos que no hacen otra cosa que arruinar la vida a los demás, él bien que se encarga de reencarnarlos y devolverlos de nuevo a vagar por nuestras calles ajustándonos el paso de mala manera para pedirnos dinero, o trapichear con drogas, o fumar hierba hasta caerse al suelo, o les incita a abrirse de piernas a ver si contagian algo que nos lleve al cielo a los que solamente nos ocupamos de nuestros asuntos. Y no voy a seguir dándole vueltas a la cabeza, que no quiero hacerme mala sangre.

Aunque en honor a la verdad, hay ocasiones en las que la dama de negro hace bien su trabajo, tarde pero bien. Cuando los ancianos ya están vistiendo pellejos es casi una obra de caridad que los arrastre consigo. A los pobrecitos les queda un suspiro y no se puede hacer nada por estirarles la vida. Así que, como mucho, les da una propina para que se queden agonizando en un hospital o en una residencia un puñado de meses más. La mayoría de las veces, ya me dirás, está de sobra, porque ya no se acuerda de ellos ni el mismo Dios. Pero ese no era el caso de Lalín. ¡Hay que joderse!, que apenas había cumplido los cuarenta y cinco. Media vida luchando para que luego te la arranquen de cuajo, porque lo suyo ha tenido que ser algo así, de la noche a la mañana, de un día para otro.

Debió de progresar el muchacho porque la iglesia está abarrotada. Aquí dentro cabe el barrio entero y aún sobrarían vacíos los bancos de las últimas filas. No está mal para alguien que nació de milagro. Por poner algún pero, la viuda bien podría haber escogido un lugar algo más recogido y luminoso. En invierno anochece antes. Si los ventanales son así de estrechitos este ambiente

tan solemne se vuelve tenebroso, y eso termina resultando tétrico en un funeral. Y luego toda esta gente peripuesta y emperifollada. No sé..., no acaba de encajarme... Cierto es que he visto por ahí a alguno del barrio, a Germán con su chico, el de la panadería, y a la señora Paca, la del estanco. Y a Marcelina, que esa no podía faltar siendo amiga de la familia desde que iba al colegio con la madre de Lalín. Se la ve más afectada porque de todos es sabido que Lalín fue para ella como el hijo que siempre quiso tener, aunque los suyos no han salido malos, que no solo los tiene sanos sino que además continúan vivos, y eso en el barrio es todo un triunfo. Pero Lalín para ella era especial, quizá porque era el hijo de su mejor amiga.

El resto de los asistentes no me resultan conocidos. Toda esta gente de posibles tienen que ser las nuevas amistades que hizo Lalín cuando salió del barrio: los hombres serenos, estirados, que parece que se mueven a cámara lenta vestidos con esos abrigos oscuros y atragantados por bufandas sobre sus corbatas brillantes; y ellas, sus señoras, o sus queridas, que seguro que alguno ha sido capaz de traérsela a un funeral porque hoy tocaba y así no pierde la vez, ellas altivas con ese pellizco de cursilería que las distingue del resto de los mortales. Hablan un poco más alto que ellos pero no dejan de ser susurros que escapan entre muecas afectadas, palabras aflojadas a media voz que son interrumpidas por los estallidos de los besos cuando, al saludarse, chocan entre sí sus mejillas maquilladas. No hay sonrisas, ni guiños cómplices, ni siquiera un gesto de duelo cuando sus miradas se cruzan con la de alguien de nuestro barrio. ¡Eh, señora!, que estaremos en minoría pero para Lalín somos los de siempre, los auténticos, sin remilgos, los que sabíamos quién era de verdad el muerto por mucho que a usted le duela. Me da coraje, porque parece que mi amigo difunto les produzca algo de tirria a estos señoritingos. Nadie se ha atrevido siquiera a mentarlo hasta que el cura ha salido de la sacristía camino del altar y nos hemos visto obligados a entrar en la iglesia. ¡Qué gente, por Dios! Deben de pensar que es de mala educación hablar del muerto en su propio funeral. ¿No saben que es ahora el momento de hacerlo

LO QUE ESCONDE TU MANO IZQUIERDA

porque, además, en estas circunstancias, nadie va a renegar de él?

Es difícil creer que Lalín hubiera traicionado su carácter dejándose contagiar por toda esta gente envuelta en pelo de camello. Él, que siempre fue auténtico, al menos hasta que dejamos de vernos. Me aterra pensar que se dejara arrastrar por toda esta parafernalia de ostentación y gestos de... ¡No! No me imagino a Lalín siendo un hombre distante y seco, sin su media sonrisa en la boca y esos ojos risueños que lo decían todo.

Pero es que hay demasiados señoritos en la iglesia.

Me niego a pensar que soy yo quien ya no le conociera. Cuando se comparte con alguien media vida es imposible confundir aquel que ha estado a tu lado, que desde que nos destetaron ya andábamos juntos. No hay un hueco en mi memoria hasta los veinte años en el que Lalín no esté presente. Si este cura y su monótono discurso se detuvieran por un segundo y me permitieran recordar... ¡Ay! Lo estoy viendo caminar por el barrio, nuestro barrio, un lugar deprimido, enfermo, invadido por microbios reencarnados en vagos, alcohólicos y, sobre todo, trapicheros que tratan de infectar células sanas pero débiles, trabajadores cansados de luchar por sobrevivir, gentes que resisten hasta que las fuerzas les abandonan. Y es que no hay medicina que remedie la vida en nuestro barrio.

El propio Lalín supo desde niño lo que le había tocado en suerte: un padre que murió muy joven porque exclusivamente dejaba de beber para trabajar de tarde en tarde en lo que podía. ¡Vaya elemento! ¡Un figura! Cuando a El Latas se le llenaba el bolsillo de monedas luego lo vaciaba rápido en la barra de un bar o comprando una botella en el supermercado. Y eso cuando no se le antojaba procurarse dos chinas de hachís, o un poco de maría, que es raro quien no tiene un vicio allá en el barrio. A ese la muerte lo despachó bien pronto. La jodida debió de equivocarse porque era una buena pieza para armar jaleo. Pero en mi opinión ahí acertó. Es justo reconocerlo. Supongo que lo hizo sin querer marcar un precedente, tan cierto como que aquel tipo no aportaba nada, ni al barrio ni a Matilde. ¡Pobre mujer! Y menos mal

que únicamente le dio tiempo a hacerle dos hijos. Si llega a seguir con ella hubiera terminado de condenarla, que un par ya fue excesivo calvario.

Recuerdo que El Latas murió cuando Lalín era apenas un chaval. Nos lo dijeron cuando los dos regresábamos juntos del colegio como era nuestra costumbre. Tan niño era que ni siquiera le entraron ganas de llorar, y a mí tampoco porque ninguno de los dos sabíamos muy bien qué significaba eso de que se te muera un padre. Además, teníamos la muerte muy presente, que no era el primero que se despedía a la francesa por una sobredosis o cualquier otra oscura circunstancia. Lo dicho, que para lo que hacía aquel desgraciado tampoco es que se le fuera a echar en falta. Quien sí acusó su ausencia fue Matilde. A partir del día en que metieron a El Latas en una caja y lo dejaron en un nicho, ella poco más o menos que desapareció de su casa en busca de comida para sus dos pequeños. La buena mujer se empleó en aquello que encontró. Lo mismo se agachaba doblando el lomo ocho horas fregando escaleras que repartía publicidad por las esquinas de las calles del centro de la ciudad. Hasta se dedicó a cuidar ancianos en una residencia que abrieron cerca del barrio. Eso le duró poco porque descubrieron que el dueño era uno de esos avaros que termina convirtiéndose en un homicida porque se los quita de en medio en cuanto no le son rentables. El pájaro tuvo que cerrar el negocio, máxime porque se lo llevaron a la cárcel acusado de asesinato. Era tal la obsesión de Matilde por sacar adelante a Lalín y a su hermano Tino que —estoy convencido— terminó de puta cuando el barrio y el país comenzaron a irse definitivamente al carajo. No hacía falta ni un mínimo de sensatez para saber que siempre había estado de buen ver. Vaya, que ahora desde la distancia y poniéndome a su altura, la tendría como a una hembra de bandera. Yo entonces la veía mayor porque a las madres siempre se las siente viejas, pero por aquel entonces Matilde no debía de contar más allá de veintimuchos años. Era una mujer delgada, con ojos negros y larga melena castaña que las más de las veces dejaba suelta y las menos recogida en una cola de caballo. No me es difícil recordar que re-

LO QUE ESCONDE TU MANO IZQUIERDA

cibía piropos de todos, de grandes y pequeños, de hombres y mujeres, pero sin faltar porque en el barrio la conocían de siempre y lo hacían con cariño. No sería de extrañar que más de uno se hubiera intentado proparar con ella porque yo, de no saber quién era, lo habría hecho ahora. Una mujer así enciende pasiones y ella lo sabía. Terminó haciendo un cursillo que daban en la Junta de Distrito sobre fisioterapia o algo así. De la noche a la mañana se dedicó a dar masajes por las tardes cuando le salían clientes. De todo el vecindario era conocido que se traía gente a casa para tratamientos terapéuticos —decía ella—, tanto a hombres como a mujeres, pero yo creo que era una puta y se lo hacía con quien fuera con tal de sacar un par de billetes que sirvieran para dar de comer a sus dos hijos.

—Que no, Joaquín, que mi madre no es puta —me parece estar escuchándole ahora, con esa inocencia que confunde a los niños cuando el miedo les oculta la realidad.

—En absoluto. No hagas caso a los compañeros de clase. ¡Qué sabrán ellos! —le apoyaba yo como podía, aunque también pensara como el resto.

Con un padre que hasta el mismo día en que murió no se sabía si era más golfo que borracho, y una madre que era un ángel malogrado, Lalín tenía que crecer torcido, como no podía ser de otra manera. Resultó ser una criatura tan inteligente como ingenua. Fue incapaz de ver más allá de sus narices hasta que se topó de morros con la realidad. Eso sí, se hizo un tipo a prueba de sobresaltos. Daba igual lo que le sucediera. Estaba preparado para resistirlo sin pestañear.

¡Ay, si toda esta gente que ahora aparenta estar escuchando al cura supiera que Lalín ya de adolescente dio con sus huesos en la cárcel! Porque, si te encierran en un reformatorio a los catorce años cumplidos, es como si dieras con tu culo en el talego. Su destino se veía venir de lejos. Huérfano de padre y con una madre sin tiempo para ocuparse de él, lo más lógico era que el hijo se dejara vencer por el desánimo..., o lo llevara al extremo contrario convirtiéndose en un macarra, como así fue. De todas formas, quien realmente tenía madera de gánster era su hermano

Tino porque de ese pobre diablo no se ocupó nadie. Así salió el prenda, fullero y provocador, que se metía en todos los líos que encontraba, y si no ya se encargaba él mismo de formarlos.

Siempre he creído que el tabaco y las cervezas le quitaron a Lalín las ganas de estudiar cuando abandonamos el colegio y entramos en el instituto. Eran actividades incompatibles. O lo uno o lo otro. Cambió la asistencia a clase por la presencia en los billares, los libros por las bolas, las largas tizas de las pizarras por aquellas otras horadadas para reseca los tacos. Cuando no había de dónde rascar unas monedas, nos íbamos a los parques a ver transcurrir el tiempo sentados en un banco, o tirados en la hierba, o mirando las piernas a las colegialas. Luego pasamos a conseguir fondos vaciando el monedero a nuestras madres o pidiendo a los compañeros de clase de mejor o peor forma. Y si no había suerte, cometíamos pequeños hurtos en alguna tienda. Eran sin duda días emocionantes y divertidos, pero a la vez monótonos, vacíos, tanto que todas esas mañanas de novillos colegiales ahora me parecen una sola.

Del tabaco y la cerveza saltamos al güisqui y al ron, a la china mezclada con tabaco rubio y liado con papelillo de Alcoy que coronaba un filtro de cartón. Gracias a Dios nos detuvimos ahí, más por la escasez de dinero propia de la edad que por el destino. No éramos conscientes de que nos alejábamos del buen camino, aunque día a día viéramos cómo algunos de los compañeros de cursos superiores con los que habíamos compartido patio en el instituto terminaban tirados en los zaguanes de los portales con la lengua abotargada, la mirada perdida y las venas cosidas a picotazos.

Lo mejor que le pudo pasar a Lalín fue hacer pareja conmigo y convertirse en un delincuente para dar el palo a los niños ricos que había dos barrios más allá. Y lo mejor que me pudo ocurrir a mí fue elegir como compañero de andanzas a un tipo tan inteligente y a la vez tan poco espabilado como Lalín. Por eso, al contrario que Billy el Niño y Pat Garret, o Bonnie & Clyde, nosotros no nos hicimos famosos. ¡No nos dio tiempo! Nuestra carrera como forajidos de leyenda estaba destinada a terminar apa-

LO QUE ESCONDE TU MANO IZQUIERDA

ratosamente. Habíamos decidido acercarnos a uno de los mejores colegios de la ciudad y esperar agazapados entre los coches a que dos pollos incautos se atrevieran a cruzar por debajo de un paso elevado. Era una tarde como la de hoy, oscura, fría, una tarde que parece que amortigua los sonidos porque no quedan ganas ni siquiera de escuchar. Los dos gansos caminaban despreocupados luciendo sus abrigo impecables, los libros agarrados con una mano y la otra bien guardada en el bolsillo. Lalín les cortó el paso por delante mientras yo les cerraba la retaguardia. En apenas unos segundos nos habíamos hecho con sus relojes y el dinero que llevaban encima. Corrimos con nuestro pequeño botín lejos de allí, nerviosos pero a la vez confiados. Sabíamos por experiencia ajena que el susto paralizaba los sentidos a los niños de papá porque no estaban acostumbrados a enfrentarse con vándalos como nosotros. Dos manzanas más allá, mientras buscábamos un rincón oscuro donde repartirnos las ganancias de aquel primer atraco, ¡Dios mío, a los catorce años!, dos policías de uniforme nos agarraron del brazo y nos empotraron contra un escaparte para cachearnos.

Media hora más tarde aguardábamos la llegada de nuestras madres en una de las salas de interrogatorios que había en la comisaría de aquel barrio tan elegante. Nuestra carrera como delincuentes apenas había durado doscientos metros. Aquella vida romántica y de aventuras que habíamos imaginado al margen de la ley, llena de mujeres libidinosas, drogas y persecuciones salpicadas de disparos, se detuvo en seco. De manera inexplicable el imperio de la ley caía sobre nosotros dejando todos aquellos soberbios planes en papel mojado. Días atrás nos habíamos dejado caer por las calles cercanas hasta que localizamos el colegio y un paso elevado próximo que impedía que la luz de las farolas iluminara el pequeño aparcamiento en el que decidimos dar nuestro primer golpe. ¡Ay, Lalín! Eras inteligente como pocos, un estratega que diseñaba como nadie maniobras envolventes, con la voz firme, autoritaria, y la amenaza en los labios arropada por la punta de una navaja. Pero si tonto es lo contrario de listo, sí, querido amigo mío, eras tonto. Nunca se te ocurrió explorar el resto de

aquel barrio. Entonces habrías descubierto que apenas a una manzana de distancia había una comisaría. Por lo que dedujimos de las conversaciones que tuvo con nuestras madres un inspector de paisano, cincuentón y barrigudo, las dos víctimas habían corrido hasta allí y dado la voz de alarma nada más verse libre de nuestra intimidatoria presencia.

Todavía recuerdo la cara de Matilde cuando entró en la sala. Venía desencajada, seguramente con un cliente abandonado a medias en la habitación de los masajes, los muslos húmedos y el hedor a hombre pegado en el vientre. Estaba acompañada de Marcelina, su amiga inseparable, una segunda madre para Lalín, aunque por su carácter fuerte y huraño ejerciera más como el padre al que apenas conoció. La primera bofetada la recibió en la cara, y hubiera soportado otra más si el inspector no hubiese terciado, que ya podía haber estado más atento e impedir que mi madre, que había sido la tercera mujer que se había colado en la habitación, marcara también la palma de su mano en mi mejilla.

La tarde voló mientras escuchábamos las declaraciones de los dos chavales que nos leyeron después, la rabia que mostraban nuestras madres y sus súplicas posteriores rogando que nos dejaran ir. Sus peticiones no fueron atendidas y ahora doy gracias a Dios. Todavía tengo nítida en la mente aquella noche que pasamos en el calabozo sin pegar ojo, a veces en silencio, a veces lloriqueando, siempre asustados por los gritos de otros delincuentes con más oficio a cuestras que herían nuestros oídos, o por los reproches de las putas, los quejidos de los chaperos, las bravatas de los chulos y las réplicas burlonas de los policías. Después, por la mañana temprano, apenas con un vaso de leche templada en las tripas, nos llevaron en un coche patrulla a presencia del juez de menores, una especie de busto parlante detrás de una mesa de despacho. No vestía toga, ni peluca, ni capa o lo que se suponga que usan los magistrados. Había dos personas sentadas a un lado, seguramente un abogado de oficio y un funcionario del juzgado. Frente a ellos encontramos a mamá y a Matilde, ambas con gesto asustado, deseando abrazarnos para, acto seguido,

LO QUE ESCONDE TU MANO IZQUIERDA

volver a partirnos la cara si aquella vista terminaba con benevolencia.

No hay duda de que a la larga fui yo el peor parado. El juez me envió a casa tras obligarme a prometer que no volvería a repetir nunca más un hecho semejante. Algo tuvo que ver en su veredicto mi condición de ser el benjamín de seis hermanos calaveras, hijos todos de una madre desempleada, deprimida y en tratamiento médico por estar enferma de los nervios. Más suerte tuvo Lalín, del que ordenó su ingreso en un correccional por un periodo no inferior a seis meses ni superior a dos años, sentencia que todavía resuena en mi cabeza con la misma claridad que si la hubiera dictado hoy a la entrada de esta tenebrosa iglesia. En contra de Lalín jugaron la navaja que esgrimió en el atraco, las amenazas que salieron por su boca hacia los dos niños, el dinero y los relojes que encontraron en su bolsillo los policías que nos detuvieron. Yo estaba limpio y eso tuve a mi favor para librarme de que también me encerraran.

Fue un año eterno e infinito aquel que pasé alejado de él porque, cuando eres niño, el tiempo siempre parece que se estira y no termina de correr; y cruel porque Lalín era mi amigo del alma, mi hermano de pillerías, mi cómplice y mi apoyo, tanto como yo lo era para él. Sufrí esos doce meses con la angustia que me provocaba la certeza de saber que no lo estaría pasando mejor que yo. Al contrario. Las habladurías y bulos que pululaban en el barrio rezaban que entrar en uno de esos centros de menores era la mayor desgracia que le podía ocurrir a cualquiera, casi peor que ingresar en la cárcel. También tenía un lado positivo porque siempre imprimía cierto caché a los que habían estado en el trullo, un halo romántico de héroe de Hollywood. Todos buscábamos sin saberlo algo así como terminar siendo el antihéroe alabado y admirado por amigos y enemigos, con aquellos tatuajes catalogando brazos y cuellos como veteranos de prisión ya en libertad.

Tiempo después supe por boca de Lalín que aquel año fue un calvario que le sirvió para redimirse de sus pecados y abrirse a una vida que, si bien sospechaba que existía más allá de las fron-

terras que delimitaban el barrio, jamás hasta ese momento la había imaginado. Con catorce años nadie se maneja con demasiada soltura en un ambiente desconocido y hostil. Recuerdo sus palabras describiendo los primeros días de encierro, llenos de desconcierto y una honda tristeza. Sus compañeros de cautiverio tampoco ayudaban demasiado. Se reían de él, se mofaban de su ingenuidad y lo apabullaban con advertencias que su cabeza entendía como amenazas veladas —y no tan veladas—. Así que se envolvió en una burbuja de silencio que le aisló protegiéndole de ciertos peligros, pero que también impidió que Meli se le acercara en un primer momento.

Meli —nunca supe su verdadero nombre porque era apodado El Melindres por los internos— trabajaba como educador en el centro, alguien que se tomaba en serio su trabajo. Debía de ser un hombre joven, de poco más de treinta años, calvo como una bola de billar, simpático, decidido, con cuerpo de atleta y labia de vendedor ambulante, exactamente las armas que necesitaba para tratar de rescatar a alguno de aquellos adolescentes del camino de fracaso y muerte que el destino había dibujado en sus vidas. Jamás coincidí con él, ni de lejos ni de cerca, pero gracias a las descripciones que hacían Lalín y Matilde lo imaginaba como un adiestrador de perros peligrosos, alguien entrenado para amansar fieras aún a sabiendas de que nunca reconocerán sus méritos. Lalín fue la excepción porque siempre le estuvo agradecido. Jamás mordió la mano que le alentó durante ese año. No sé cómo comenzó su relación. Quizá no lo recuerde o es que nunca lo supe. Lo que importa es que Meli logró bucear en aquel mar de silencio en el que se había sumergido mi amigo. Poco a poco, al principio con más cariño que con otras artes, consiguió sacarlo del pozo en el que habría seguido cayendo hasta el día de su muerte de no haberlo remediado. ¡Dios mío! Hasta el mismo día de su muerte... Hace una semana que le llegó, cuando realmente podía haberle sobrevenido mucho antes, en aquel presidio para adolescentes. Todavía puedo escuchar cómo me hablaba de aquel correccional, un edificio desvencijado que invitaba a la desesperanza, un lugar donde la droga se filtraba por cada ren-

LO QUE ESCONDE TU MANO IZQUIERDA

dija, donde los inquilinos eran niños a medio crecer, hombres a medio morir, quinceañeros con adicciones inconfesables, enfermos, esquizofrénicos, suicidas, ladrones, maltratadores de padres, incluso asesinos, algunos cuerdos, otros locos, los más como zombis en una película de terror en la que solo se asustaban a sí mismos.

Poco tiempo después de regresar por fin a su casa me confesó que fue aquella sensación, mezcla de indefensión y miedo, lo que le impulsó a refugiarse bajo el amparo de Meli. Sabía que la mayor parte de sus compañeros saldrían de allí marcados para siempre. Algunos, paradójicamente quizá los más afortunados, claudicarían ante su mala suerte y ellos mismos se encargarían de terminar con su vida entre aquellas cuatro paredes. Meli le hizo comprender que tenía una oportunidad para liberarse de las cadenas que le habían confinado allí, que era lo suficientemente joven e inteligente como para superarse a sí mismo. Le enseñó que lo más dramático era que la mayor parte de las condenas no acababan en el reformatorio. Continuaban cumpliéndose en las calles sin guardianes ni rejas. Aquel educador concienzudo y honrado fue capaz de abrirle los ojos a la auténtica realidad. Le hizo saber que era posible levantarse si había caído una vez.

Lalín me dijo tiempo después que, según iban pasando los días bajo la tutela de Meli, le impresionaba ver cómo el resto de sus compañeros se quedaban en la cuneta quejándose de su reclusión y dándose por vencidos sin ser conscientes de ello, rechazando su futuro de antemano sin tan siquiera desenvolverlo para ver qué contenía. Le quemaba el ánimo hablar con chavales de su misma edad que se expresaban como personas adultas pero desahuciadas, hombres prematuros sin ilusiones. Años más tarde, cuando su encierro estaba ya lejano en el tiempo, me aseguraba que todavía había noches en las que soñaba que volvía al reformatorio y se despertaba atemorizado, empapado en sudor y en llanto.

Su madre y Meli convencieron al juez de que Lalín había aprendido la lección y este ordenó su libertad meses antes de cumplir su pena. El día que regresó al barrio no fue especial, ni hubo na-

die esperándole en la estación del Metro, ni en su casa, ni en ningún lugar. Ni siquiera yo acudí a recibirle. Para entonces había escarmentado y prefería no faltar a las clases del instituto. Pero al llegar la noche me sobrepuse al miedo y a la vergüenza, y me acerqué a su casa. Sentado en la pequeña mesa de su salón, frente a un plato de sopa, lo encontré distinto, más crecido, como si hubiera cumplido años más rápido que yo, con otro brillo en la mirada y una media sonrisa que ya jamás desaparecería de sus labios.

Me dio pena que Lalín regresara al instituto un curso por debajo del que yo estudiaba y no coincidiéramos como compañeros de pupitre. Pero su reclusión no fue tiempo perdido, ni para él ni para mí. Me mentiría si asegurara que tardó algunas semanas en adaptarse al ritmo de clases, a salir y a entrar cuando quería sin pedir permiso. Nunca contestó a las preguntas que le hacían los compañeros acerca de su condena, ni habló de su experiencia con los demás reclusos, ni de su relación con Meli —al que jamás volvió a ver—. Su silencio no demostraba miedo o cobardía, mucho menos sumisión. ¡Al contrario! Se había convertido en un muchacho fuerte y capaz de maniobrar con habilidad en el repugnante ambiente del barrio. Atendía en clase a las explicaciones de los profesores y soportaba con estoicismo las primeras burlas del resto de alumnos. En pocos días consiguió nuestro respeto sin alzar la voz y sin mover apenas un dedo. Ahora soy consciente de que jamás volví a verle pelear con nadie, ni siquiera con su hermano Tino. Sé que al principio le costó no beneficiarse del anonimato que le ofrecía ser miembro de la manada de lobos en la que se había criado, pero pasado el tiempo, sin él advertirlo, se había erigido en un auténtico líder.

La suerte... Algunos la desprecian cuando se cruzan con ella. No saben reconocerla. Lalín tuvo que ingresar en aquel correccional para encontrarse con Meli. Gracias a sus enseñanzas, a su cariño y a su dedicación fue capaz de terminar los estudios, ¡y no sin esfuerzo!, que le supuso un mundo aprobar durante los primeros meses después de haber recuperado la libertad. Y durante los años siguientes, sin dejar la calle ni a los amigos de lado, se

LO QUE ESCONDE TU MANO IZQUIERDA

superó y fue de los pocos que terminó el bachillerato de forma brillante, el mejor de la clase, de todo el instituto. Y luego salió al extranjero. Y comenzó a trabajar, ¡ay, Lalín!, quién lo diría, ¡con traje y corbata! Todo un caballero salido de la inmundicia. Era el orgullo del barrio, un símbolo, aunque hubiera alguno que le tuviera cierta envidia y tratara de achicar sus méritos, pero el resto estábamos orgullosos de verle ahí, volando hacia las alturas, escapando de las ataduras de nuestras calles.

Suerte y esfuerzo, eso es lo que tuvo Lalín, las mismas cosas que me faltaron a mí. No hay que ser muy listo para saber que la vida le ha sonreído desde aquel atraco y no como a mí, que he terminado convertido en un simple mecánico, un perdedor, un fracasado, como muchos, como casi todos los del barrio. De haber disfrutado de los consejos de otro Meli a mi lado no habría recorrido la mala senda tantas veces, ni me habría dedicado desde bien pequeño a beber o a fumar hierba. Habría estudiado, aunque hubiera sido solamente para conseguir un vulgar diploma de segundo grado que colgar de la pared del saloncito. Ahora me arrepiento de haber desperdiciado media vida haciendo apaños por toda la ciudad, empleándome al mejor postor por unos pocos billetes para no volver a casa con la cabeza gacha. No habría tenido que mentir a Carmen desde que éramos novios asegurándole que únicamente trabajaba media jornada pero que se trataba de un puesto seguro, ¡ya ves!, peón en una cuadrilla con jornal fijo, ¡joder!, una mentira en defensa propia para que no me llenara la cabeza de reproches. Y luego, por fin, un pequeño golpe de suerte, mi empleo en el taller como mecánico, que para eso siempre he tenido habilidad ¡y arte! Pero poco dura la dicha en casa del pobre, que como no tengo el título ya va para un año que me quedé sin trabajo, desde aquella buena mañana en la apareció ese muchacho extranjero veinte años más joven que yo y me quitó el puesto. Es entonces cuando te das cuenta de que estudiar sirve para algo. Todo el esfuerzo que hizo ese rubio polaco para conseguir lo que era mío fue traer una certificación debajo del brazo y conformarse con ganar la mitad de lo que le costaba yo a mi jefe. Y por si fuera poco en mi contra, además

era capaz de reparar cualquier pieza en menos tiempo y sin errores. Mierda de barrio.

¡Cómo íbamos a continuar viéndonos Lalín y yo después de que se marchara! Él debía de vivir ya en esa galaxia donde visten de traje y corbata. No he echado la cuenta pero se habrán cumplido al menos veinte años desde que perdimos el contacto. Ahora no considero que fuera tan importante que los dos viviéramos en mundos distintos y muy alejados, pero entonces era un motivo demasiado poderoso para franquearlo. Y luego, cuando el paso del tiempo quitó gravedad a las razones, me entró la desidia. Porque sí, lo admito, que nunca he dicho lo contrario: fui yo quien le evitaba, quien le dio esquinazo, pero nunca la espalda. Me daba apuro llamarle desde que nos dejó. Uno siempre ha tenido su amor propio y él había progresado demasiado como para tener trato con un fracasado como yo. Pero ese distanciamiento no va a ser un obstáculo para que le recuerde, para que le eche de menos tanto o más de lo que le he extrañado todo este tiempo. Y es que nunca ha dejado de ser un buen amigo.

Alguna vez le he visto por el barrio porque ha seguido visitando a Marcelina, la eterna amiga de su madre. ¡Qué mujer! Eso es tenerse afecto puro, del que trasciende de una generación a otra. Lalín aparecía por mi calle de tarde en tarde para visitarla. Siempre lo hacía conduciendo un cochazo. Se había convertido en un hombre de provecho y no en un despojo como yo. Y se conservaba delgado, tieso como una vela, ágil, despierto, con los cabellos alborotados porque nunca se los supo peinar bien, que tenía la misma mata de pelo castaño que Matilde aunque mucho más duro. Hubo ocasiones en las que le pude observar con detenimiento porque aparcó cerca de mi portal. Entonces, antes de ir a ver a Marcelina, se acercaba a la ventana de la cocina y preguntaba por mí. Yo le tenía dicho a Carmen que le saliera con cualquier excusa, que le dijera que no estaba, que volvería tarde, que ya le llamaría. Y él, que podía haberse comportado como un señorito, se mostraba afable y hasta daba recuerdos. Pienso que continuaba apreciándome pero yo era incapaz de presentarme ante él, así, de esta manera, con las manos ta-

LO QUE ESCONDE TU MANO IZQUIERDA

tuadas eternamente por la grasa de los motores; y la piel estropeada, vieja; y la garganta quemada por el tabaco y por ese trago de ginebra que me he endiñado durante años antes de entrar a trabajar, que parece que hable a través de un viejo altavoz.

Marcelina me dijo una vez que Lalín se había casado con una muchacha extranjera, latina, pero de buena familia. Tiene que ser aquella del primer banco, la que va vestida de negro de la cabeza a los pies. El respingo continuado y rítmico de sus hombros me hace sospechar que no ha parado de gimotear. Cuando acabe el funeral me acercaré y le daré el pésame. Sí, haré el esfuerzo de presentarme ante ella, aunque no me conozca. Emplear un minuto en este mi último adiós es lo menos que puedo hacer. No debo ser tan desconsiderado y traicionar al destino. Tanto su muerte como la manera por la que me he enterado han tenido que ser asunto de la Providencia, que me puso el periódico la semana pasada delante de las narices. ¡Todos los días bajando al mismo bar a saborear el café de después de comer y nunca hojeo sus páginas porque está muy sobado de tantas manos que lo han tocado durante toda la mañana! Pero el miércoles pasado sí que lo hice. No consigo recordar la razón. Lo mismo fue porque hubo fútbol... Y tampoco podría explicar por qué me fije en la lista de fallecidos del día anterior en la ciudad. ¿Morbo? ¿Curiosidad? Quizá fue la novedad, o un sexto sentido, o que estaba de Dios, porque ahí lo encontré: *Ladislao Torres Setién (45)*. Se me heló la sangre. ¿Lalín? Imposible, me dije, y me lo repetí a cada minuto hasta que dos días más tarde, harto de soportar la incertidumbre, llamé a Marcelina y me lo confirmó. Es una suerte que ella continúe viviendo en el barrio, aunque en esta ocasión haya sido portadora de una noticia tan triste e inesperada, del todo inconcebible, tanto como que hoy se haya publicado una esquela ridícula en una esquina del diario. ¡Con lo que ha tenido que ser Lalín...!

Después de presentar mis respetos a la viuda esperaré a Marcelina en la calle, que la he visto cuando entraba en la iglesia. Le preguntaré si sabe de qué murió mi amigo, si era algo esperado o no, que aquí la mayoría de la gente es tan estirada que ni si-

JAVIER OLIVA

quiera llora. Solamente se nos ve afectados a los del barrio. El resto se dan besos o se estrechan las manos mirándose de arriba a abajo como estudiándose, con murmullos pero sin gestos de pesar. Lo mismo es que su educación refinada no les permite ni siquiera que se les escape una lágrima. Hay que ser muy ruin para no mostrar tus sentimientos por un amigo. ¿En uno de estos se había convertido Lalín?

ÍNDICE

Joaquín	11
Benito	29
Marcelina	43
Dionisio	58
Rafael	74
Federico	86
Candela	101
Raúl	118
Alba	131
Gabrielle	145
Edit	166

Dulcedo quedam mentis advenit

